



Turbulencias



Es el último puñetazo del cine independiente americano. Un documental sobre la vida del artista y *performer* Bob Flanagan, el Supermasoquista. Una reflexión durísima y lúcida sobre la enfermedad, el dolor, la muerte y la valentía. Un ejercicio de humor y seriedad que ha conmovido a los cinéfilos de Sundance, Donosti y L.A.

Sick

El último vómito del **Underground**

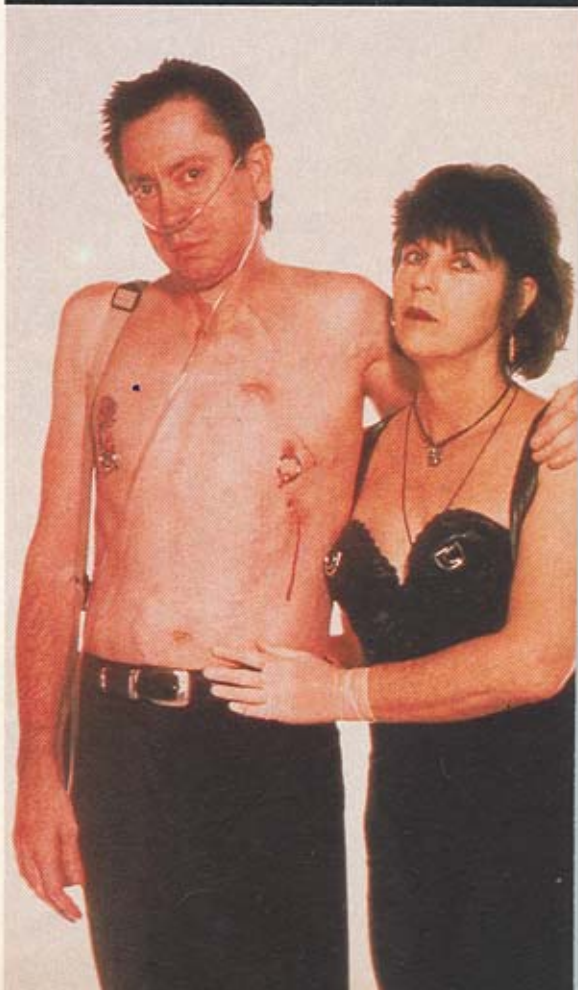
Por **ANTONIO BAÑOS**

¿Vas a verla? ¿Vas a cerrar los ojos? Dos preguntas en el pasado festival de San Sebastián que sonaron más que nada en la puerta de la sala donde se proyectó uno de los más curiosos e interesantes productos filmicos del certamen: *Life and Death of Bob Flanagan, Supermasochist*.

Una secuencia se ha convertido en comida de toda la platea: el protagonista clava su pene a martillazos en una madera. Una secuencia equívoca porque lo que ahora parece en la platea un filme basado en el morbo y el escándalo se convertirá en la pantalla en un cálido (duro) e inteligente alegato por la vida y el respeto a la integridad humana.

Sick es un recorrido por la vida de Bob Flanagan (1952-1996), un artista americano víctima de la fibrosis quística, una extraña e incurable enfermedad que fulmina a sus víctimas antes de que hayan cumplido los treinta. Desde que ha tenido uso de razón, Flanagan pasa mucho de su tiempo en salas de hospital entre lacerantes tratamientos e insufribles curas. Una extraña capacidad para aguantar el dolor que deriva en intenso placer: el supermasoquista.

Una figura, la del masoca, comunmente tratada desde una vertiente única de perversión sexual, derivación de algún tipo de sentimiento enfermizo o infancia desgraciada. Sin embargo, la cámara de Kirby Dick acierta a explicar cómo la enfer-





medad y el dolor son material que sobrepasa ese ámbito marginal y se convierte en metáfora palpable de la existencia de todos nosotros.

Porque uno de los últimos tabús de nuestra sociedad lo protagonizan la enfermedad y la muerte. Males mayores de una cultura, la occidental, basada en el hedonismo. Porque no hay nada bueno en la muerte, en sentirse enfermo o en el sufrimiento. La medicina, el arte, el sexo... La cultura nacida del agnosticismo se basa en la extirpación -por el medio que sea- del dolor y en gran parte de la generosidad. Una civilización construida con una bobalicona y complaciente mirada sobre lo limpio y lo placentero.

Pero aún hay artistas empeñados en recordarnos que el dolor existe. *Performers* como Chris Burden, Marcel.li Antúnez o el propio Flanagan ahondan en él. Y a menudo sobre sí mismos, como prueba irrenunciable de su humanidad, de su limitada e hiriente carnalidad.

Bob Flanagan es uno de esos artistas y poetas que utilizan su propio cuerpo como campo de experimentación. Según apunta en un texto suyo: "He combatido la enfermedad con la enfermedad". Un cuerpo torturado por un doble dolor: el infringido en los rituales masoquistas y -más doloroso por inevitable- el causado por la enfermedad incurable, irreversible, asquerosa y molesta que el artista sufría.

Kirby Dick, director de *Sick*, comenta que Flanagan

es un Lenny Bruce contemporáneo, dotado de un especialísimo y agrisado sentido del humor. Todos sus montajes se construyen bajo ese prisma desdramatizador. Como cuando montó en un museo una cama de hospital donde el público podía, literalmente, ir a visitarle. Subvertía así Flanagan los espacios institucionales entre hospital (intimidación-dolor) y museo (publicidad-gozo), convertidos en una fiesta parecida a la de los antiguos velatorios donde, ante el muerto de cuerpo presente, corrían el anís y los pasteles.

El dolor limpiamente exhibido con toda impudicia por Flanagan se enfrenta al dolor sucio emitido por todas las cadenas que mostraron el coche de Lady Di estampado contra un pilar. "Ese es uno de los temas que más nos preocupaban a Bob y a mí. La publicidad del dolor y de la muerte, la exhibición de los sentimientos [Aquí recuerdo las fotos de Fellini agonizante que se publicaron por venganza de Berlusconi], la exhibición de castigo, de humillación, se ridiculiza cuando Bob, herido ya de muerte, contempla el juicio de O.J. Simpson. El crimen mediatizado, el horror de los telediarios, el objetivo que muestra hasta el último hálito de vida. La Internacional de la muerte en la pantalla."

Masoquismo... ¿Un pene clavado en una tabla? Naderías. Un ahogado grito de dignidad. Una anécdota entre tanto espanto. ¿Qué lugar le queda al artista? ¿Qué protesta se le exige? ¿Pegarse un tiro como Chris Burden? ¿Crucificarse? ¿Lacerarse? ¿Suicidio en direc-





to como última y más genial *performance*? Si la enfermedad y la muerte son espectáculo significa que hemos perdido la compasión en favor del cinismo.

La imagen de Bob Flanagan, a pesar de su supuesta crueldad, es un canto a la vida. Una canción en la que un enfermo terminal canta que le divierte estar muerto. Y también que sólo supera el dolor aquel que tiene un increíble apego a la vida. Los cancerosos, los enfermos de sida, los condenados a muerte... Hombres que con la certeza de su adiós se ríen de su novia y la engañan, aunque sea por un instante, con *La Vida*, esa amante turbia y engañosa que les hiere y abandona.

Y a Bob Flanagan, en una imagen espeluznante que un miembro de la platea no dudó en calificar de *snuff-movie*, le comunican que ¡ya!, que va a morir, que no hay prórroga. En ese momento, el burlador del dolor y la muerte sólo acierta a decir: "Qué tontería (la vida), qué estupidez. Qué engaño". El *performer* del dolor y la muerte se ve desarmado ante su gran *performance*, la última. El adiós a un teatro viejo con butacas vacías.

El realizador Kirby Dick suele medir el grado de aceptación de una película por la cantidad de gente que abandona la sala durante la proyección. En Donosti casi nadie desertó. "Es el público más perverso del mundo", dijo el sorprendido director. Y, ante toda la sala, preguntó si había relación alguna entre la cultura católica y la asunción del dolor físico en pantalla. La respuesta se sucedieron hasta que un espectador apuntó: "el catolicismo premia el dolor físico como acto de amor hacia los demás o hacia Dios. Nunca como placer hedonista". El americano asiente y más tarde añade que "el sadomasoquismo, de hecho, es una disciplina que exige un gran conocimiento del cuerpo propio y del ajeno, del dolor,

del respeto, de la abstracción que sucede a la concreción de lo doloroso".

Un mundo, el de lo perverso, que no es en absoluto ajeno a Dick, autor de películas sobre enanos y seres marginales. Una filmografía compuesta de cuatro títulos en los que destacan *Guy*, protagonizada por Vicent D'Onofrio y, sobre todo, *Sick*, Premio Especial del Jurado en Sundance y éxito rotundo en todo certamen en el que ha participado. "Mi interés por el sexo es similar al de Fassbinder. El sexo permite poner en el tapete los sentimientos de las personas con mayor claridad. No es tanto un interés por su vertiente física, sino por su dimensión moral." En este sentido, tiene *Sick* una secuencia donde una chica de 18 años, aquejada de la misma enfermedad incurable que Flanagan, pide a su madre poder conocer al *performer* para confesarle su voluntad de convertirse al masoquismo.

Entre las risas del público subyace la profunda dignidad de una joven condenada al dolor que sólo intenta dignificar la vergüenza que significa para la condición humana el sentirse enfermo a través de la racionalización, simbólica, fetichista, de ese dolor. La enfermedad es una forma digna de vivir. *Sick* sólo dice eso. Y es suficiente.

The Life and Death of Bob Flanagan, Supermasochist, 1997

Director y Productor: Kirby Dick

Premio Especial del Jurado (Festival de Sundance)

Premio al Mejor Filme (Festival de Cine Independiente de Los Ángeles)

Distribución en España: Improbable

El masoquismo se considera perverso en una sociedad que emite sistemáticamente **violencia y muerte**